

DISERTACIÓN ACERCA DE LA EXPERIENCIA CON EL CORONAVIRUS

Por muy increíble que parezca, la palabra con la que yo resumiría todo el tema del coronavirus es gracias. Antes del coronavirus, en febrero del 2020, no le dábamos importancia a las cosas más imprescindibles. Andábamos sumergidos en nuestra rutina sin darnos cuenta que muchas de las cosas que hacíamos no eran normales y no tienen por qué estar siempre en nuestras vidas. Quien me iba a decir a mí que iba a dar gracias a Dios por el simple hecho de respirar o de tener a mis abuelas sanas un día más.

Para mí, el tiempo de confinamiento fue un periodo triste por todos los fallecimientos, un periodo de miedo por el propio virus, pero también un periodo de mucha alegría. Alegría de poder jugar con mi familia, de poder pasar más tiempo con ellos. Una alegría que me hacía sentir cuando hablaba con gente con la cual no había hablado en mucho tiempo, y una alegría de ver a todo el mundo unido luchando contra una misma causa.

Me ha costado mucho tiempo, pero he acabado viendo al coronavirus como un bien. Nos ha parado en seco a todos y nos ha hecho ver lo que es realmente imprescindible en la vida. Nos ha hecho ver que las cosas no van a estar ahí por siempre, es decir, me ha ayudado a aprender a valorar las cosas cuando las tenemos por qué puede llegar el momento en el cual las perdamos. Con ayuda del virus he conseguido reconocer que lo único que necesito para ser feliz es a Dios, a mi familia y a las personas que me rodean. El coronavirus ha cambiado mi vida, tanto es así que he tenido un verano único. Cada vez que

salía a la calle le daba gracias a Dios por permitírmelo, por cuidar de mí y de mi familia, por dejarme que el aire me tocara la cara. Los seres humanos no nos damos cuenta de lo que tenemos hasta que nos lo quitan o lo perdemos. Si algo he aprendido del coronavirus, es que las cosas no suceden porque sí, sino que todo es un bien, solo que a cada cosa hay que encontrarle el porqué. Creo que todos deberíamos de llevarnos esta moraleja: valoremos las cosas, veamos la suerte que tenemos por tenerlas, porque el día que las perdamos se acabó.

Me ha ayudado también a valorar el resto de cosas. A valorar que tener seres queridos no es algo normal sino algo excepcional de lo que me tengo que sentir afortunado y agradecido. Cuando antes le daba un beso a mi abuela, lo veía como algo normal, diciendo, pues mañana le doy otro. Hasta que llegó el coronavirus y ya llevo sin darles un beso casi un año. Algo que yo antes veía como un hecho más en mi vida, en realidad no lo era y yo no era consciente.

En el confinamiento, he aprendido también a divertirme con mucho menos que antes. Si en febrero buscaba hacer planazos con mis amigos, más adelante era el chico más feliz del mundo con solo hacer llamadas de teléfono con ellos para preguntarles sobre qué tal estaban y echarnos unas risas sobre cualquier chiste o tontería. Haciendo esto, he encontrado a una persona muy importante que me lleva haciendo feliz muchos meses, porque tras hablar con ella toda la cuarentena, cuando pudimos salir a la calle empecé a salir con ella.

Es cierto que el coronavirus ha sido una cosa mala y horrenda, pero si miro en mi interior y me comparo a mí mismo antes y después del confinamiento, soy una persona totalmente diferente. He aprendido muchas cosas como valorar lo que tengo, valorarme a mí pero también a valorar a Dios.

Desde pequeño he sido una persona creyente pero hasta hace medio año no ponía a Dios en el centro de mi vida, sino que me ponía a mí. He aprendido que no es así. Estar encerrado en casa durante dos meses me hizo plantearme muchas cosas, pero sobre todo me hizo plantearme la existencia de Dios porque no entendía porque permitía el coronavirus. Gracias a que hemos seguido con nuestras habituales charlas en mi parroquia a través de internet, me he dado cuenta de que Dios no tenía la culpa de nada y he conseguido estar más unido a Dios que nunca. He reconocido en él un punto de esperanza y siempre que ponía a Dios en el centro de mis días, me hacía sentir mucho más feliz.

Al quitarnos y pararnos de nuestras vidas normales he aprendido a reconocer que mi persona no soy yo, sino Dios, mi familia y todo lo que me rodea. Lo verdaderamente esencial en la vida. Si para algo ha tenido que venir este virus, yo creo que es para enseñarnos lo necesario para vivir, lo que nos constituye como personas. Cada uno tendrá que encontrar el porqué del coronavirus en sus vidas y yo lo encuentro en estas dos cosas: aprender a valorar todo lo que tenemos ya que no es normal, ni tiene por qué estar ahí para siempre, y también a encontrar el significado de la vida, es decir, aprender y encontrar lo que nos constituye y lo que a la vez nos hace felices.

Para terminar y hacer un resumen de todo, creo que es justo estar agradecido a Dios por este año tan raro y especial que hemos vivido que me ha hecho entender la importancia de mi familia, la felicidad que me transmite Dios y que todo lo que está a nuestro alrededor no es obligatorio que lo tengamos y que hay que valorar y disfrutar las cosas mientras podamos.

